



PARTE

UNO

Pepper

En mi defensa, debo decir que apenas sale humo del horno cuando suena la alarma.

—Oye... ¿Se está quemando el piso?

Bajo la pantalla del portátil. Una mitad está ocupada por la cara de mi hermana mayor, Paige, ahora con el ceño fruncido, que me llama por Skype desde la Universidad de Pensilvania. La otra mitad está ocupada por el trabajo sobre *Grandes esperanzas* que he escrito y reescrito tantas veces que Charles Dickens ya estará revolcándose en su tumba.

—No —murmuro mientras atravieso la cocina para apagar el horno—, solo mi vida. —Abro el horno y sale otra humareda, que revela un pastel monstruoso quemado por completo—. Mierda.

Me subo a la escalera de mano de la despensa para apagar la alarma de incendios y abro todas las ventanas de nuestro apartamento en el piso veintiséis, desde donde veo el Upper East Side de Nueva York extenderse bajo mis pies: todos los

edificios imponentes con las luces brillantes encendidas, incluso cuando cualquiera en su sano juicio debería estar durmiendo. Contemplo el paisaje un momento: a pesar de que llevamos aquí casi cuatro años, todavía no me he acostumbrado a la impresionante vista.

—¿Pepper?

Cierto. Paige. Levanto la pantalla del ordenador.

—Todo bajo control —digo levantando el pulgar.

Ella arquea una ceja, incrédula, y luego hace el gesto de apartarse el flequillo. Levanto la mano para tocarme el mío y termino volcando la masa del pastel mientras Paige pone una mueca de dolor.

—Bueno, si acabas llamando a los bomberos, ponme sobre la superficie más alta, así puedo ver entrar a los tíos buenorros. —Sus ojos se alejan de la pantalla, sin duda para mirar la publicación inconclusa del blog de repostería que llevamos juntas—. Supongo que no vamos a poder sacar foto para la entrada, ¿no?

—Tengo otros tres pasteles ya hechos que puedo fotografiar cuando les ponga el glaseado. Te enviaré las fotos más tarde.

—Dios. ¿Cuántos pasteles monstruosos has hecho? ¿Ha vuelto ya mamá de su viaje?

No quiero mirarla a los ojos, así que dirijo la mirada hacia la cocina, donde las sartenes están colocadas en fila. Paige apenas pregunta por mamá, así que siento que debo tener mucho cuidado con lo que diga a continuación; más cuidado que, por ejemplo, la distracción que me ha llevado al borde de un incendio.

—Debería volver en dos días. —Y luego, como parece que no tengo remedio, agrego—: Podrías venir, si quieres. No tenemos demasiados planes este fin de semana.

—Paso —responde Paige arrugando la nariz. Me muerdo el interior de la mejilla. Paige es tan testaruda que cualquier cosa que diga para intentar salvar la distancia entre ella y mamá suele empeorar las cosas—. Pero podrías venir tú —me ofrece alegremente.

La idea sería tentadora si no tuviera que hacer el trabajo de *Grandes esperanzas* y un montón de otras grandes esperanzas con las que lidiar: un examen de Estadística Avanzada y un proyecto de Biología Avanzada, los preparativos para el club de debate y mi primer día oficial como capitana del equipo de natación femenino, entre otras cosas, y eso es solo la punta de mi iceberg metafórico y sumamente estresante.

La cara que pongo lo dice todo, porque Paige levanta las manos en señal de rendición.

—Lo siento —digo por acto reflejo.

—Primero, deja de pedir perdón —dice Paige, que ahora mismo sigue una clase de teoría feminista que abraza con un entusiasmo agresivo—. Y segundo, ¿qué te pasa?

—¿Qué me pasa? —pregunto, abanicando los últimos restos de humo para sacarlos por la ventana.

—Todo este... rollo raro... de Barbie empollona que me llevas —dice señalando la pantalla.

—Me preocupan las notas.

—En casa no te preocupaban —señala Paige con un resoplido.

Por «casa» se refiere a Nashville, donde nos criamos.

—Aquí es diferente.

No tiene ni idea de cómo es porque nunca tuvo que ir a la Academia Stone Hall, una escuela privada tan elitista y competitiva que incluso Blair Waldorf de *Gossip Girl* ardería en llamas a los dos minutos de cruzar el umbral. El año en que

nuestra madre decidió que nos mudábamos, Paige estaba a punto de acabar el instituto e insistió en ir a uno público; además, las notas del anterior le bastaban para la preinscripción a la universidad.

—Son más exigentes. La competencia para el acceso a la universidad es despiadada.

—Pero tú no eres competitiva.

Ja. Puede que no lo fuera antes de que me dejara para irse a Filadelfia. Ahora mis compañeros me conocen como la Terminator. O la santita, o la «siempre lista», o el apodo con el que haya decidido agraciarme esa semana Jack Campbell, el infame payaso de la clase y la espina metafórica que tengo clavada.

—Además, ¿no habías enviado una solicitud anticipada a Columbia? ¿Crees que les va a importar un mísero notable alto?

No es que lo crea, es que no tengo dudas... En clase, unas chicas hablaban sobre un chico de otro instituto y decían que le revocaron la aceptación a Columbia porque le dio un ataque de desmotivación justo antes de acabar la secundaria y sus notas bajaron. Pero antes de poder justificar mi paranoia por este rumor sin fundamento, se abre la puerta de entrada, seguida por el repiqueteo de los tacones de mi madre sobre el suelo de madera.

—Adiós —dice Paige.

Cuelga antes de que tenga tiempo de volver a mirar la pantalla.

Suspiro y cierro el ordenador justo antes de que mi madre entre en la cocina con su ropa de aeropuerto: unos vaqueros negros ajustados, un jersey de cachemir y unas enormes gafas de sol que, a decir verdad, le quedan ridículas dada la hora que es. Se las sube para dejarlas sobre el pelo rubio perfectamente peinado e inspeccionar lo que solía ser su cocina impecable.

—Has vuelto antes de lo previsto.

—Y tú se supone que deberías estar en la cama.

Da unos pasos hacia mí y me abraza; yo la aprieto un poco más de lo que debería estrujarla una persona cubierta de pastel. Solo han pasado unos días, pero me siento sola cuando ella no está. Todavía no me he acostumbrado a que haya tanto silencio, sin Paige ni mi padre.

Me sujeta e inspira con ganas, sin duda inhalando una bocanada de pastel quemado, pero, cuando se aparta, levanta la misma ceja que Paige y no dice nada.

—Tengo que acabar un trabajo.

Mi madre mira los pasteles.

—Parece que la lectura te tiene fascinada —dice con ironía—. ¿Es el de *Grandes esperanzas*?

—El mismo.

—¿No lo acabaste la semana pasada?

Tiene razón. Supongo que, a la hora de la verdad, puedo buscar uno de los borradores anteriores y presentarlo. Pero el problema es que la hora de la verdad en la Academia Stone Hall es más bien la hora de la mutilación y la destrucción. Estoy compitiendo para entrar a una de las mejores universidades del país contra herederos que quizás desciendan de la mascota original de la Universidad de Yale. No basta con ser buena, ni siquiera genial: tienes que aplastar a los demás. Si no, te aplastan a ti.

Bueno, al menos en sentido metafórico. Y, hablando de metáforas, a pesar de haber leído el libro dos veces y haberlo llenado de anotaciones a más no poder, me está costando interpretarlas de una manera que no le dé sueño al profesor de Literatura Avanzada. Cada vez que intento escribir una frase coherente, mi atención se desvía hacia el entrenamiento

de natación. Es mi primer día como capitana en funciones y sé que Pooja ha entrenado todo el verano, lo que significa que ahora podría ser más rápida que yo, lo que significa que podría socavar mi autoridad y dejarme en ridículo delante de todos y...

—¿Quieres quedarte en casa mañana?

Me quedo mirando a mi madre como si le hubiera salido otra cabeza. Eso es lo último que necesito. Incluso faltar una hora les daría ventaja a todos los demás.

—No. No, estoy bien. —Me siento en la encimera—. ¿Ya has acabado todas las reuniones?

Mi madre está tan empeñada en lanzar Big League Burger a escala internacional que no habla de nada más: reuniones con inversores en París, Londres, e incluso Roma, para tratar de decidir cuál será la primera ciudad europea a la que llevará la franquicia.

—No del todo. Tendré que volver a viajar. Pero en la empresa están todos alterados por el lanzamiento de los nuevos menús y no me parecía bien estar fuera en medio de todo eso. —Sonríe—. Además, echaba de menos a mi miniyó. —Resoplo, pero solo porque, entre su ropa de marca y mi pijama arrugado, ahora mismo parezco cualquier cosa menos eso—. Hablando del lanzamiento de los menús, Taffy dice que no le has respondido los mensajes.

—Sí, bueno. Hace semanas le dejé un montón de tuits programados. Y he tenido muchos deberes.

—Sé que estás ocupada, pero es que eso se te da muy bien. —Me pone el dedo en la nariz de la misma manera que lleva haciendo desde que era pequeña, cuando ella y mi padre se reían de cómo me quedaba un poco bizca mirándolo—. Y ya sabes lo importante que es esto para la familia.

«Para la familia». Sé que no es su intención, pero me molesta, teniendo en cuenta cómo empezamos y cómo estamos ahora.

—Ah, sí. Seguro que a papá le quitan el sueño nuestros tuits.

Mi madre pone los ojos en blanco de esa forma cariñosa y exasperada que reserva para mi padre. Si bien han cambiado muchas cosas desde que se divorciaron, todavía se quieren, aunque no estén «tan enamorados como antes», como dice mi madre.

El resto, sin embargo, ha sido como un latigazo. Mamá y papá fundaron Big League Burger hace diez años. En esa época, solo vendían batidos y hamburguesas, y apenas conseguíamos pagar el alquiler. Nadie esperaba que tuviera tanto éxito ni que Big League Burger se convirtiera en la cuarta franquicia de comida rápida más importante del país.

Supongo que yo tampoco esperaba que mis padres se divorciaran de forma amistosa, que Paige se alejara de mamá por pedir el divorcio, ni que mi madre pasara de ser una vaquera a la que le gustaba ir descalza a una magnate de la comida rápida y nos obligara a mudarnos al Upper East Side de Manhattan.

Ahora que Paige va a la universidad de Pensilvania, que mi padre todavía vive en el apartamento de Nashville y que los dedos de mi madre están casi pegados quirúrgicamente a su iPhone, la palabra «familia» suena un poco exagerada en plena campaña para hacer sentir culpable a su hija adolescente.

—Explícame otra vez ese concepto que se te ocurrió —pide mi madre.

Contengo un suspiro y respondo:

—Como primero vamos a lanzar los sándwiches tostados de queso, «quechondearemos» a la gente en Twitter. Suben una *selfie* y nosotros les contestamos algo atrevido.

Podría entrar en detalles y sacar los modelos que hicimos de las posibles respuestas, recordarle el *hashtag* #MeHanQuechondeado que vamos a crear, los juegos de palabras que se nos ocurrieron en base a los ingredientes de los tres nuevos sándwiches de queso, pero estoy agotada.

Mi madre silba por lo bajo.

—Me encanta, pero está claro que Taffy va a necesitar tu ayuda.

—Sí —respondo haciendo una mueca.

Pobre Taffy. Es la veinteañera tímida que lleva las cuentas de Twitter, Facebook e Instagram de Big League Burger. Se acababa de graduar cuando mi madre la contrató poco después de abrir las primeras franquicias, pero, tras expandirnos a escala nacional, el equipo de *marketing* decidió que la presencia de Big League Burger en Twitter debía seguir los pasos de KFC o Wendy's: con un tono sarcástico, irreverente, fresco. Algo en que la pobre Taffy, con su corazón de superheroína sobreexplotada, no tiene experiencia.

Ahí es donde entro yo. Aparentemente, en el vasto arsenal de talentos inútiles que no me van a ayudar a entrar en la universidad, está la habilidad de ser sarcástica en Twitter. Aunque, hoy en día, que se te dé bien el sarcasmo significa *photoshopear* una imagen de Big League Burger sobre el Señor Cangrejo y otra de Burger King sobre El Cubo de Cebo, que fue justamente mi primer tuit cuando Taffy se fue de viaje a Disney World con su novio y mi madre me pidió que le echara una mano. Al final lo retuitearon más veces que cualquier publicación anterior. Lleva presionándome para que ayude a Taffy desde entonces.

Estoy a punto de recordarle que hace tiempo que Taffy se merece un aumento de sueldo y un ayudante de verdad cuando mi madre se gira y ve los pasteles.

—¿Pastel monstruoso?

—El mismísimo.

—Uf —dice mientras coge del molde los restos de un pastel que ya he emplatado—. Será mejor que escondas esto. No me puedo contener.

Todavía se me hace raro oír a mi madre decir cosas así. Si no hubiera sido una orgullosa amante de la comida, no habría abierto Big League Burger junto a mi padre. A veces no parece que haya pasado tanto tiempo desde que me sentaba en el porche del viejo apartamento de Nashville con Paige mientras nuestro padre hacía números y enviaba correos a los proveedores y mi madre ideaba nuevos batidos descabellados, que después nos explicaba para darles el visto bueno.

La última media década apenas la he visto probándolos; ahora está más metida en la parte de los negocios. Y mientras yo me he decantado por ese lado, ayudando con los tuits y tratando de adaptarme a Nueva York, el cambio solo ha hecho que Paige se enfadara aún más con ella. A menudo pienso que solo está comprometida con nuestro blog de repostería porque es una especie de punto de fricción.

Pero, pase lo que pase, mi madre siempre tendrá debilidad por una cosa: el pastel monstruoso. Un peligroso invento que nació el día en que Paige, mamá y yo decidimos poner a prueba los límites de nuestro horno de mala muerte con una combinación de virutas de colores, masa de *brownie*, masa de galletas, Oreos, mantequilla de cacahuete, chocolate y bombones de caramelo. El resultado fue tan espantoso y delicioso a la vez que mi madre le hizo unos ojos saltones con glaseado para darle el toque final. Así fue como nació el pastel monstruoso.

Ahora, mamá le da un mordisco y gime.

—Vale, aparta esto de mí.

Me suena el móvil. Me lo saco del bolsillo y veo una notificación de la aplicación Weazel.

Lobo

Hola. Si estás leyendo esto, vete a la cama.

—¿Es Paige?

Me muerdo los labios para esconder la sonrisa.

—No, es un amigo.

Bueno, más o menos. En realidad, ni siquiera sé cómo se llama. Pero mi madre no necesita saberlo.

Ella asiente con la cabeza, rascando los restos de pastel del fondo del molde con la uña. Me preparo, porque este suele ser el momento en que intenta averiguar cómo le va a Paige y, una vez más, tengo que hacer de intermediaria; pero, en lugar de eso, pregunta:

—¿Conoces a un chico llamado Landon de tu instituto?

Si fuera una de esas chicas que deja el diario tirado por el suelo, ya habría entrado en pánico. Pero no soy tan tonta, ni que mi madre fuese de las de husmear.

—Sí. Creo que los dos estamos en el equipo de natación.

Lo que en realidad quiere decir: «Sí, me enamoré de él en primero, cuando me dejaste en una guarida de leones llena de niños ricos que se conocían desde que nacieron».

Ese primer día fue tan incómodo como esperaba. Nunca había llevado uniforme, y me parecía que todo me picaba y nada me quedaba del todo bien. Mi pelo seguía siendo el mismo desastre encrespado y rebelde que en sexto de primaria. Todo el mundo estaba seguro en su grupito, y ninguno incluía a alguien con seis pares de botas vaqueras y un póster de Kacey Musgraves colgado en el armario.

Casi me eché a llorar cuando llegué a clase de Lengua y me di cuenta, horrorizada, de que habían asignado una lectura de verano y, para colmo, el primer día había un examen sorpresa. Estaba demasiado asustada para decirle algo a la profesora, pero Landon, bronceado y con una sonrisa tranquila, se inclinó desde su pupitre y me dijo:

—Oye, no te preocupes. Mi hermano mayor dice que la profe solo hace estos exámenes para asustarnos, que, en realidad, no cuentan.

Conseguí asentir con la cabeza. En la fracción de segundo que tardó en volver a su sitio y mirar la hoja del examen, mi estúpido cerebro de catorce años decidió que me había enamorado.

Es cierto que solo duró unos meses y que, hasta ahora, he hablado con él un total de seis veces. Pero eso se debe a que he estado demasiado ocupada para que me guste alguien. Así que él es prácticamente el único ejemplo que tengo.

—Bien, bien. Deberías invitarlo a casa alguna vez, conocerlo un poco más.

Me quedo boquiabierta. Sé que ella fue al instituto en los noventa, pero eso no es excusa para semejante falta de comprensión de cómo funciona la interacción social adolescente.

—Perdona... ¿Qué?

—Su padre está pensando en hacer una gran inversión para que Big League Burger se internacionalice —me dice—. Cualquier cosa que podamos hacer para que estén más a gusto...

Intento no retorcerme. A pesar de toda la poesía mediocre y la angustia pasajera al son de canciones de Taylor Swift que Landon inspiró hace unos años, en realidad no sé mucho sobre él, en especial porque ahora está muy ocupado desarrollando aplicaciones después de clase y apenas lo veo por los pasillos.

Landon está muy ocupado siendo Landon: guapo como nadie, admirado por todo el mundo y probablemente fuera de mi alcance por ser una mera mortal.

—Sí, bueno. En realidad, no somos amigos ni nada, pero...

—Tienes don de gentes. Siempre lo has tenido.

Mi madre se inclina hacia delante y me da un pellizco en la mejilla.

Eso era en mi antiguo instituto. En Nashville tenía tantos amigos que prácticamente representaban la mitad de los ingresos de la primera tienda de Big League Burger. Iban todas las tardes. Pero nunca tuve que esforzarme para hacer esos amigos. Siempre estuvieron ahí, al igual que Paige. Crecimos juntos, lo conocíamos todo los unos de los otros, y nuestra amistad no fue una decisión consciente, sino más bien algo con lo que habíamos nacido.

Por supuesto, no me di cuenta hasta que nos mudamos a este nuevo ecosistema. Mi primer día de clase, todo el mundo me miró como si fuera una extraterrestre. Aunque, al lado de mis compañeros criados en Manhattan a base de Starbucks y tutoriales de maquillaje de YouTube, lo parecía. Cuando llegué a casa, miré a mi madre y empecé a llorar.

Eso la activó más que si hubiera llegado a casa literalmente envuelta en llamas: en una semana, adquirí más productos de maquillaje de los que cabían en el baño, recibí lecciones de una estilista y empecé a ir a clases particulares para ponerme al día con el plan de estudios. Mi madre nos había metido en este mundo nuevo y extraño, y estaba decidida a hacernos encajar.

Es raro que recuerde aquella época deplorable con cariño. Ahora, mi madre y yo estamos tan ocupadas que nuestras conversaciones se han reducido a esto: raros encuentros en la

cocina pasada la medianoche, ambas con un pie en la puerta. Esta vez me adelanto.

—Me voy a la cama.

Mi madre asiente y dice:

—Acuérdate de tener el móvil operativo para que Taffy pueda llamarte.

—Cierto.

Quizás debería molestarme que piense que Twitter tiene prioridad, más aún después de apuntarme a una de las escuelas más competitivas del país, pero, en cierto modo, me alegro de que me necesite para algo.

Una vez en mi habitación, me recuesto sobre la pila de almohadas, esquivando a propósito el ordenador y la montaña de trabajo que aún me espera, y abro Weazel para responder.

Colibrí

Vaya, mira quién está aquí. ¿No puedes dormir?

Por un momento, pienso que Lobo no va a responder, pero la burbuja del chat aparece otra vez. Weazel me provoca cierta emoción, así como un tipo concreto de miedo, de riesgo. Todo es anónimo y, supuestamente, solo hay alumnos de nuestro instituto. Se te asigna un nombre de usuario cuando te conectas por primera vez, siempre algún animal, y permaneces en el anonimato mientras estés en el «chat del pasillo», que es el principal y está abierto a todo el mundo.

Pero si hablas con alguien de forma individual, en algún momento (y nunca se sabe cuándo), la aplicación revela las identidades de ambos. Puf. Adiós al secreto.

Así que, cuanto más hablo con Lobo, más probabilidades hay de que la aplicación nos delate. De hecho, teniendo en

cuenta que algunas identidades se revelan al azar al cabo de una semana o incluso un día después de empezar a hablar, es casi un milagro que llevemos dos meses así.

Lobo

No. Estoy muy preocupado porque destrozaste la historia de Pip.

Quizás por eso hemos empezado a hablar de cosas más personales. No nos delatamos, pero tampoco somos sutiles.

Colibrí

Se podría pensar que tengo ventaja. Eso de que Pip pasó de pobre a rico no se aleja de mi realidad.

Lobo

Sí. Empiezo a pensar que somos los únicos que no nacimos con montones de dinero bajo el brazo.

Aguanto la respiración, como si la aplicación fuera a revelar nuestra identidad en ese instante. Quiero y no quiero. Es un poco patético, pero todo el mundo es tan cerrado y competitivo que Lobo es lo más parecido a un amigo que he tenido desde que nos mudamos a Nueva York. No quiero que eso cambie.

No es que tenga miedo de que él me defraude. Tengo miedo de defraudarlo yo a él.

Lobo

En fin, aprovéchalo todo lo que puedas. Seguro que esos imbéciles han pagado a alguien mucho más inteligente para que les escriba los trabajos.

Colibrí

Por mucha rabia que me dé, seguramente tengas razón.

Lobo

Oye. Solo quedan 8 meses para la graduación.

Me recuesto en la cama y cierro los ojos. A veces esos ocho meses me parecen una eternidad.